

nian. La tercera falta fué la frase, no tan prudente como patriótica, que Julio Favre estampó en la circular que el seis de Septiembre dirigió á las potencias, á saber: «que Francia no cedería ni una pulgada de su territorio ni una piedra de sus fortalezas»; siendo así que Francia se hallaba á merced de Alemania y que ésta había manifestado ya la irrevocable intención de apropiarse la Alsacia y parte de la Lorena.

Dada la situación en que Francia se encontraba, urgía entablar negociaciones para la paz, y á este fin encaminó Julio Favre todos sus esfuerzos. A petición suya, el ministro de Estado inglés, lord Grandville, preguntó á Bismarck si aceptaría una conferencia para tratar de un armisticio y examinar las condiciones de la paz; Bismarck contestó en carta á lord Lyons, embajador de Inglaterra en París, que estaba pronto á entrar en tratos para la paz, pero no para el armisticio. Aunque la respuesta era negativa respecto á un punto esencial, Julio Favre, sin consultar con sus compañeros, excepto Trochú, adoptó la resolución de ir á ver al ministro prusiano, que, con su rey Guillermo, seguía paso á paso al ejército victorioso en su marcha á París, del que ya no estaba lejos. De corazón noble y tierno, el pobre Julio Favre esperaba conmover con sus lágrimas al canciller de hierro. ¡Cuánto se equivocaba! A su elocuencia, algún tanto romántica, el canciller había de oponer la dureza inflexible del político que sólo mira las cosas por el aspecto del negocio. La táctica de Bismarck era afectar completa indiferencia entre el imperio, que de hecho ya no existía, y el gobierno de la Defensa nacional, que aun no existía de derecho, y manifestarse dispuesto á tratar con aquel de los dos que más ventajas le ofreciese. El cinco de Septiembre, hacía explorar el ánimo de la Emperatriz, la cual no quiso prestar oídos á proposiciones que tendían á desmembrar á Francia. En esta coyuntura, acercóse á la Regente un intrigante sin fe y sin ley, aventurero de origen francés, Regnier por nombre, que concibió el proyecto de restaurar el imperio reconciliándolo con Alemania. Del doce al diez y siete de Septiembre, este personaje ofreció con insistencia á la Emperatriz servirle de intermediario con Napoleón y con el canciller prusiano, y aunque no pudo obtener otra cosa que una fotografía del príncipe imperial, el diez y ocho por la mañana partió para el cuartel general alemán á conferenciar con Bismarck. Justamente á la misma hora y con idéntica intención, salía de París Julio Favre, que celebró dos conferencias con el canciller los días diez y nueve y veinte de Septiembre. En la segunda, Bismarck le participó la llegada de Regnier, el cual por la mañana le había presentado sus proposiciones. Por precio de la paz, el ministro prusiano pedía, además de fuerte indemnización, la cesión de toda la Alsacia y de un tercio de la Lorena; por precio del armisticio, durante el que Francia procedería á las elecciones, exigía, si la Asamblea había de reunirse en París, la entrega temporal de uno ó de varios de los fuertes que dominaban á la capital, y en todo caso, que las operaciones militares continuasen delante de Metz y que se entregasen á sus tropas las plazas de Strasburgo, Toul, Bitche y otras. Julio Favre, indignado,

le dejó con las lágrimas en los ojos, y al día siguiente le comunicó la negativa absoluta que, con aplauso de París y de Francia, el gobierno de la Defensa nacional oponía á sus exorbitantes pretensiones.

Sitiada desde el seis de Agosto, no tardó en rendirse una de las plazas que Bismarck pedía, Strasburgo, donde se notaba la misma imprevisión que en las demás partes, no habiéndose preparado nada para defenderla. Su guarnición era inferior á la normal del tiempo de paz. Con la guardia nacional, con los fugitivos de Reischoffen que se habían refugiado en la ciudad, con guardias móviles y destacamentos de diversas procedencias, se llegó á reunir diez y ocho mil infantes, bisoños en su mayor parte, mientras que el enemigo contaba sesenta mil hombres, amen de poderosa artillería de sitio, al mando del general badense Werder. El bombardeo duró cerca de un mes, y tras el bombardeo, vino el sitio. Los sufrimientos de los valerosos strasburgueses conmovieron á los suizos, que les enviaron el once de Septiembre una diputación, compuesta de magistrados de Zurich, Berna y Basilea. «Contad á Europa, dijo el alcalde Humann á los enviados, el espectáculo de que sois testigos en nuestra ciudad; decidle lo que es la guerra en el siglo décimo-noveno. El fuego no se asesta contra los muros, no contra los soldados; se asesta contra los habitantes, contra las mujeres y los niños. Ved nuestras murallas intactas, y en cambio nuestras casas han sido incendiadas; nuestras iglesias, mutiladas ó destruidas; nuestra admirable biblioteca, aniquilada. Decid todo esto á Europa, y añadidle que estas crueldades, estas devastaciones renovadas de los bárbaros, no han domado nuestro valor. Somos siempre firmes franceses, ciudadanos fieles y devotos á la patria.» El diez y ocho de Septiembre, la comisión municipal acordó que era tiempo de rogar á la autoridad militar capitular; mas el gobernador Ulrich y su consejo de defensa no entablaron gestiones hasta el veintisiete, firmándose la capitulación el veintiocho, con dolor inmenso de la población.

Cuando Bismarck vió rechazadas sus proposiciones por el gobierno de la Defensa nacional, se volvió hacia el imperio enviando á Regnier á Metz, para proponer al mariscal Bazaine dejarle, á cambio de la entrega de la plaza, retirarse con sus tropas á lo interior de Francia, restablecer el orden é imponer la ley. Deseando Bazaine proceder de acuerdo con la Emperatriz, hizo partir para Londres al general Bourbaki, el cual oyó con asombro de labios de la Regente que desautorizaba en absoluto á Regnier. En todos estos pasos, Bismarck no buscaba otra cosa que la rendición de Metz, y al convencerse, por la actitud de Bazaine, de que no podría obtenerla, volvió á entablar, aunque indirectamente, gestiones con el gobierno de la Defensa nacional, valiéndose al efecto del general americano Burnside, que del primero al cinco de Octubre estuvo dos veces en París. Pero las proposiciones de que éste era portador parecieron inaceptables á los hombres del cuatro de Septiembre, los cuales se decidieron por la guerra á todo trance, y para

infundir sangre joven en la Delegación, que procedía con excesiva lentitud en la organización de nuevos ejércitos, acordaron enviarle á Gambetta, que, provisto de plenos poderes, partió en globo el siete de Octubre y desde el día siguiente ejerció en los departamentos una verdadera dictadura.

Antes de esto, el nueve de Septiembre, Julio Favre había suplicado á Thiers que fuese á solicitar el concurso del gabinete británico. «Presiento, dijo Thiers, que me estrellaré contra la indiferencia, contra la dureza de corazón de los gabinetes de Europa». Sin embargo, inspirándose en el patriotismo, no sólo aceptó ir á Londres, sino que se ofreció á ir también á Viena, Florencia y San Petersburgo. La elección de semejante embajador, por el gobierno de la guerra á todo trance, no era, en verdad, muy acertada. Gran tribuno y parlamentario de primer orden, distaba mucho de ser Thiers, no obstante lo avanzado de su edad, consumado diplomático. Fogoso y vehemente, dejaba escapar con facilidad, ya palabras ofensivas, ya confidencias peligrosas, y por causas de este orden, no era mirado con simpatía en algunas cortes. De otro lado, se le enviaba á buscar aliados para continuar la guerra, y lo que él quería era la paz, un concurso diplomático que suavizase las condiciones que dictaba el vencedor. El doce de Septiembre salió de París, y del trece al diez y ocho estuvo en Inglaterra, recibiendo de lord Grandville y de Gladstone muchas atenciones, pero nada más. Respondiéronle que, sin dejar de mantener relaciones benévolas con el gobierno de la Defensa nacional, no podían reconocerle mientras no se transformase, mediante elecciones regulares, en representante legítimo de Francia. A su regreso, no hizo más que pasar por Tours, y el veintitrés de Septiembre se hallaba en Viena, donde vió á Beust, pero no le pidió nada. Lo apremiante, lo esencial á su juicio, era ganarse á Rusia. De tiempo atrás tenía fija la idea de que, si había una alianza necesaria y natural para su país, era la del gabinete de San Petersburgo. En su amistad con Gortchacof y en su incomparable elecuencia, fundaba la esperanza de mover, así al ministro como al Czar, á hacer algo por Francia. Pero se olvidaba de la sutileza moscovita, contra la que, por mucho que afinase la puntería, no tenía fuerza para luchar. Trece días permaneció en San Petersburgo, halagado, mimado por Gortchacof y hasta por el Czar; pero al fin, engañado. Por temor de que se pusieran de acuerdo Francia é Inglaterra, le manifestaron que, descartada la mediación armada por imposible, una intervención meramente platónica de las potencias sólo serviría para que Alemania, exasperada, exagerase sus pretensiones, siendo, por tanto, lo mejor de todo entenderse directamente con Prusia, en lo que el Czar le ayudaría usando de toda su influencia sobre su tío el rey Guillermo, á quien había escrito ya y volvería á escribir, para que suavizase sus exigencias. Thiers salió de San Petersburgo, después de haber perdido un tiempo precioso, sin traerse más que una promesa firme: la de pedir en su nombre á Bismark un pasaporte, para irse á París, y una entrevista, para negociar un armisticio.

En Viena, adonde volvió el once de Octubre, no encontró mejores disposiciones que en San Petersburgo. Beust y Francisco José le colmaron de honores, pero no le prometieron nada. Menos aún podía esperar de Florencia, adonde llegó el trece de Octubre. No podía ser persona grata para Victor Manuel ni para sus ministros el que, tantas veces y con tanta vehemencia, había combatido la unidad italiana. Por otra parte, Italia acababa de posesionarse de su capital, Roma, y ya no necesitaba de Francia. La noticia del desastre de Sedán y de la caída del imperio napoleónico suscitó en Roma un movimiento popular, que decidió á Victor Manuel á enviar, por el conde Ponzo de San Martino, una carta autógrafa al Papa, rogándole, en nombre de la religión y de Italia, que no rehusase la mano que le tendía, «en estos tiempos en que se ven amenazadas las instituciones más venerandas». En la respuesta oficial, redactada por el cardenal Antonelli, Pío IX declaró resueltamente que no se prestaría á ningún arreglo, á ningún compromiso. Victor Manuel apeló á la fuerza. Su general Cadorna se presentó á las puertas de Roma el doce de Septiembre de mil ochocientos setenta, y como no se le abriesen, de un cañonazo echó abajo la puerta Pia y entró en la ciudad. Pío IX, previa protesta ante los individuos del cuerpo diplomático reunidos en el Vaticano, hizo enarbolar la bandera blanca en el castillo de Santo Angelo, y prohibió á sus tropas trabar combate. La anexión legal de Roma á Italia fué una simple formalidad, que se cumplió el dos de Octubre de mil ochocientos setenta, por sufragio universal de las poblaciones sometidas hasta entonces á la soberanía pontificia. De esta manera, los italianos se hicieron con su capital, poniendo fin y remate á la gran obra de la unidad de la patria. En estas circunstancias, no había probabilidad ninguna de que se concluyese la alianza franco-prusiana. Ciertamente, Thiers fué colmado de consideraciones, escuchado con respeto y con admiración; se tributó homenaje á su patriotismo; se prodigaron protestas de amistad á Francia; pero se le dijo claramente que si Italia se metía á ayudarles, no lograría salvarles y con seguridad se perdería. Así, después de haber dado la vuelta á Europa, el respetable embajador entró en Tours el veintiuno de Octubre con las manos vacías.

A su regreso, halló Thiers grandes cambios en las personas y en las cosas. Desde primeros de Octubre, los alemanes habían puesto cerco á París y establecido el cuartel general en Versalles. En Tours, Gambetta imprimía actividad extraordinaria á la Delegación, trabajando noche y día en crear recursos materiales y en despertar todas las nobles pasiones. Para defender la patria, llamó á todos los hombres de buena voluntad, sin distinción de partidos, incluso á los legitimistas, sin exceptuar á los zuavos pontificios vueltos de Roma, que formaron al lado de los republicanos. El trabajo de organización marchó á pasos de gigante. En menos de cuatro meses se organizaron y pusieron en pie de línea más de seiscientos mil hombres, con los que se formaron doce cuerpos de ejército; la artillería equipó dos baterías por día, y en menos de cuatro meses se tuvieron mil cuatro-

cientos cañones, yéndose á buscar arneses hasta en América; el coronel Reffye inventó un nuevo cañón que se cargaba por la culata, como los del enemigo, y una nueva ametralladora; se creó un cuerpo auxiliar de ingenieros civiles, y se asoció para la defensa nacional á los hombres de todas las profesiones relativas á la viabilidad y á las construcciones; se esforzó, en fin, por reorganizar la intendencia, confiándose este importante y difícil servicio á la dirección de personas capaces y celosas. ¡Lástima que en punto á las operaciones hubiese desavenencia entre el jefe civil de la guerra, Gambetta, que, abarcando de una mirada el conjunto de la crisis nacional, consideraba como fin supremo y urgentísimo hacer levantar el sitio de París, y el comandante militar, el general D'Aurelle, que se colocaba en un punto de vista exclusivamente técnico y local! En las mismas relaciones diplomáticas, había ocurrido inesperada novedad. El gabinete de Londres, temiendo que Francia, para obtener el concurso de Rusia, dejase á ésta carta blanca en Oriente, emitió una proposición, que el gobierno de San Petersburgo desechó, pero que los de Florencia y de Viena acogieron, y que tendía á ejercer una verdadera mediación entre las dos partes beligerantes. Pero Thiers se atuvo á lo convenido con Gortchacof, alegando que la proposición británica traería aplazamientos funestos para la causa francesa, y la Delegación decidió que partiese inmediatamente para París, y que de allí, después de haber conferenciado con el gobierno de la defensa nacional, se trasladase á Versalles. En esta hora se manifestó ya el desacuerdo entre Gambetta, que, lleno de fe en la guerra, quería el armisticio sólo para prepararse mejor al combate, y Thiers, que lo pedía para concluir la paz, de que era resuelto partidario.

El tiempo que Thiers quiso ganar, Bismarck se lo hizo perder, enviándole el pasaporte no para París, sino para Versalles. No podía menos el venerable republico de conferenciar con el gobierno de la Defensa nacional, y hubo de perder varios días esperando segundo pasaporte. ¿A qué se debían estas equivocaciones y e tos aplazamientos? Á que Bismarck, antes de tratar con el gobierno de París, quería probar, una vez más, si le convenía entenderse con la Emperatriz y ver de acabar con el ejército de Metz. Desde fines de Septiembre, el mariscal Bazaine negociaba con el príncipe Federico Carlos, que lo sitiaba, y el diez de Octubre, viendo que los víveres se iban acabando, reunió Consejo de guerra, á consecuencia del que envió á su ayudante de campo, el general Boyer, á Versalles, á pedir que se le dejase salir de Metz con todas las tropas, llevarlas al interior de Francia y emplearlas en el restablecimiento del orden. El emisario regresó á los pocos días, con esta proposición de Bismarck: «El ejército se declarará públicamente á favor del imperio, y la Emperatriz, previa aceptación de las cláusulas fundamentales de la paz ya expresadas, dirigirá un llamamiento á la nación». El general Boyer marchó á Londres á someter estas condiciones á la aprobación de la Emperatriz, quien, no decidiéndose á ceder de una plumada dos provincias francesas, pidió ante todo un armisticio de

quince días, y escribió al rey Guillermo invocando su sentimiento magnánimo y su espíritu de equidad. La contestación de Guillermo fué romper la negociación, y en seguida, sabiendo que Bazaine estaba ya sin víveres, le hizo notificar con dureza que se rindiese con todas sus tropas, y después de tres días de conferencias, el mariscal firmó uno de los actos más vergonzosos que recuerdan los anales de la guerra, entregando á los alemanes Metz y sus fuertes, todo el ejército, en número de ciento setenta y tres mil hombres, como prisionero de guerra, los cañones y también las banderas. Hasta este instante no recibió Thiers el pasaporte, saliendo para París el veintiocho de Noviembre.

La noticia de la capitulación de Metz causó profunda conmoción en París y en Tours. En París, et treinta y uno de Octubre fueron amontonándose en la plaza del *Hotel de Ville* guardias nacionales y gente del pueblo gritando: «¡Viva la municipalidad! ¡no queremos armisticio!»; diputaciones enviadas al gobierno se sucedieron, cada vez más enconadas y numerosas, hasta trocarse en la misma muchedumbre, que, sin saber lo que quería, invadió el *Hotel de Ville* é hizo prisionero al gobierno. Julio Simón, en su libro el *Gobierno de la Defensa nacional*, explica el suceso de la siguiente manera. El movimiento no se organizó; fué una explosión espontánea. Los principales agitadores llegaron unos tras otros, sin acuerdo y sin plan, y cuando vieron á los batallones de la guardia nacional levantar, por irritación ó por momentanea complicidad, las culatas de sus fusiles en la plaza, se envalentonaron y trataron de arrancar á los ministros sus dimisiones. Resueltos éstos á morir antes que á deshonorarse, se resistieron, y entonces, la abigarrada muchedumbre que los rodeaba, que casi los ahogaba, prescindiendo de su consentimiento, proclamó un nuevo gobierno, con Dorián, Flourens, Blanqui, Rochefort y otros. Pero Ernesto Picard, habiendo logrado salir del *Hotel*, llamó desde el ministerio de Hacienda á los batallones fieles de la guardia nacional; otro batallón de la misma guardia, abriéndose paso de sala en sala, libertó á Trochú y á Julio Ferry, y desde entonces, ya no cupo duda acerca del desenlace del tumulto. Acaudillados por Julio Ferry, los guardias nacionales y los guardias móviles volvieron á tomar posesión del *Hotel*, dejando á los invasores dispersarse. Esta conmoción, aunque abortó, dejó en el espíritu público honda impresión de inquietud y de tristeza, por lo que el gobierno juzgó necesario someterse el tres de Noviembre á un plebiscito entre los habitantes de París, que le dieron cerca de quinientos ochenta y siete mil votos, contra unos sesenta y dos mil quinientos. Favorables le fueron también las elecciones de alcaldes, que se efectuaron á los pocos días. Rochefort presentó la dimisión. En Tours, Gambetta, al recibir la noticia oficial de la capitulación de Metz, lloró, se desesperó; luego se repuso, y estuvo paseándose una hora por el jardín de la fonda. Aquellos instantes valieron por años de angustia. Al día siguiente lanzó su famosa proclama del treinta de Octubre: «Templad vuestras almas y elevad vuestras resoluciones á la altura de los espantosos peligros que amenazan á la patria. De nosotros depende